



Núm. 195

BARCELONA, 31 ENERO 1909

35 CENTS.

Ayuntamiento de Madrid



La «nota culminante» de estos últimos días ha sido la media docena de asesinatos cometidos en Madrid... y provincias.

Se vé que á compás de la civilización el crimen progresa también, para no ser menos que la industria y las bellas artes.

Según datos, la estadística penal del año 1839 arrojaba un total de 15,000 delinquentes; y la del año pasado, 85,000.

¡Oh que portentosa civilización!

Uno de los episodios más curiosos de los crímenes recientes ha sido la graciosísima disparidad de los médicos forenses respecto á si el desventurado Varela había sido víctima de un

asesinato ó de un suicidio. ¡Con 44 heridas!

Se vé que la *medicina legal* es una *ciencia* para gusto de todos. Lo mismo proporciona pruebas para demostrar que uno se ha suicidado á sí mismo que para dejar sentado que leucidaron otros.

Lo cual podría ser muy bien: así lo hicieron Graco y Caton, haciéndose atravesar el pecho con una espada por sendos esclavos.

Cuarenta y cuatro puñaladas deben de representar, aunque yo no tengo experiencia de ella, lo que menos vendidos minutos, larguitos.

La que se ha lucido ha sido Benita, dignísima émula de aquella Encarnación Burgos, que en París salió á la calle con un estoque descargando fieros mandobles en las posaderas de un pillastre que había atracado á una pobre muchacha, á favor de las sombras de la noche. Pero Benita hizo más; cogió una navaja de afeitar, y probablemente degollaría al infeliz ladrón que se había colado en la peluquería, y no para afeitarse, sino *á por dinero*.

Al par que los asesinos se dedican á su *sport* profesional, los políticos no se dan punto de reposo, muy ocupados en eso de las elecciones.

De esta hecha vamos á ser definitivamente felices, según algunos, aunque tengo para mí que valdría más no hubiese cortes, ni diputaciones, ni ayuntamiento.

Lo primero que tendría que hacer un buen gobierno es suprimir la *Gaceta* y quitar todos los tinteros de las oficinas. Nos ahorraríamos papel y tinta, y se administraría mejor.

Continúa el gobernador de Madrid Sr. Sanchez Guerra, justificando su apellido.

Después de lo del general Borbón, ha venido lo del coronel Morera, que según dicen, —no el coronel, sino el *lo*,—le costó un disgusto de órdago al Sr. Silvela.

Otro Sanchez, el señor Sanchez Toca, ha sido también víctima de su apellido. (*Habent sua fata nomina*). Ha tocado á la Marina... y naturalmente, le ha ocurrido algo por el estilo de lo que á D. Augusto Ulloa y á D. Martín Belda, que también cayeron en la tentación de esas tocatas.

El Sr. Dato, por su parte, se entretiene proporcionando datos á los presidentes de las audiencias y el Sr. Villaverde tiene que reconocer que está del mismo color la baja de los francos.

El Sr. Vadillo dirá que no hay necesidad de hacer puentes, y que para cruzar los ríos se busquen vados ó vadillos.

Y el Sr. Alledensalazar propondrá que los niños aprendan á leer deletreando su interminable apellido.

ARGOS

BARCELONA

Con justa razón íbamos ya temiendo no acabáramos por convertirnos en peces. ¡Ocho ó nueve días lloviendo sin cesar, con todas sus consecuencias! Es decir, convertida la ciudad en un inundo lodazal, estropeados los calzados, echada á perder la ropa, vueltos del revés muchos paraguas, agotándose el surtido de Opodeloch y ioduro de las farmacias por causa de los reumatismos, y para rematar el cuadro, el naufragio del vapor *José Roca*, echado á pique por el *Manuel Calvo*.

El *José Roca*, cargado de carbón mineral, había llegado de Cardiff, fondeando en el an-tepuerto con leves averías. Al poco tiempo, ancló junto al mismo el *Manuel Calvo*, her-moso buque de la Compañía Trasatlántica, procedente de Veracruz.

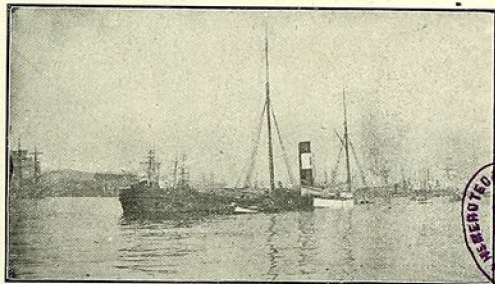
Los dos barcos procuraron evitar un accidente posible por la faria con que los azo-taba el oleaje, asegurándose con fuertes amarras pero todas las previsiones fueron inúti-les, porque al poco tiempo, un espantoso golpe de mar rom-pió los cables que sujetaban al *José Roca*, lanzándolo, con terrible violencia, sobre el trasatlántico. El *José Roca*, se sumergió instan-táneamente, salvándose sus tripulantes gracias á la valentía de los del *Manuel Calvo*, que acudieron en su auxilio á pesar de la furia del oleaje.

*. Con la solemnidad de rúbrica tuvo efecto el día 23 la recepción en corte en la Capitanía general con motivo del Santo del Rey.

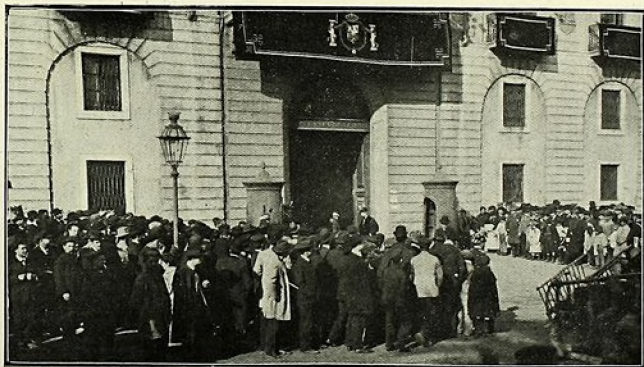
La música del regimiento de infantería de Navarra se situó en el vestíbulo de la Capitanía.

Las restantes músicas se situaron en el paseo de Colón.

El capitán general don Enrique Bargés, acompañado del general Zamora y jefes y oficiales de Es-tado Mayor, recibió á las autoridades, corporaciones y demás entidades en el salón del Trono, que se hallaba artísticamente adornado con plantas.



EL VAPOR «JOSÉ ROCA» DESPUÉS DEL CHOQUE



RECEPCIÓN EN LA CAPITANÍA GENERAL EL DÍA DEL SANTO DEL REY: LOS CURIOSOS EN LA PUERTA DEL PASEO DE COLÓN



Así se llamaba la chica más garrida y más hermosa del barrio de Cuarte por la cual iban de cabeza más de cuatro chavales que tenían fama de conquistadores.

Ella, que tenía unos diez y siete años, era morena de cara, de ojos negros como el azabache y tan expresivos como la palabra, labios voluptuosos, rojos como el coral, por cuya abertura se dibujaban dos hileras de perlas apretadas. Aquella cara, tan divina en su conjunto, estaba puesta sobre un cuerpo esbello, gallardo, majestuoso. Y sin embargo, nunca había prestado buenos oídos á ninguno de aquellos chulos del barrio que más de una y más de dos veces la habían atascado á la salida del taller, para repetirle, con tonillo pseudo pa-

tético, los ofrecimientos de amor y fidelidad que son de rubrica en estos casos.

Una tarde de caluroso verano, cuando el sol, dando sobre los aleros de los tejados, despedióse del día, salió ella de trabajar, tan jacarandosa como siempre, cimbreándose sobre su cuerpo juncal; y he aquí que, llegada á la calle de Santa Teresa, se le acercó un señorito que hacía varios días que la seguía. Tenía cara bondadosa como de niño docil y sus facciones eran un tanto afeminadas, en fuerza de ser bonitas. Al llegar junto á él, una llamarada de sangre acendió á la cara, coloreando las satinadas mejillas y, á la vez, el corazón latióle, con tanto aceleramiento que parecía quererle escapar de aquella divina arca á la que ponían digno remate dos leves prominencias á guisa de cúpulas.

El se acercó á hablarla, al principio balbuciente y tembloroso, después más sereno; buscó y rebuscó frases para decirle que la quería mucho, muchísimo, más de lo que ella se figuraba, y hacía mucho tiempo, pues que ella no se acordaba de *Visentet*, el hijo del hornero que había vivido en la calle de Cuarte. Repuso ella que si se recordaba de cuando eran rapazuuelos y jugaban á la *piu*, y otros juegos propios de la edad. Hubo de preguntarla, él, si le quería aun, y ella ruborizándose un poco, le contestó que sí, siempre y cuando que él fuera un buen chico, que no la hiciera padecer, que tuviera cuidado de no ir con malas compañías y, en fin, ese sermón propio de la mujer cuando trata de llevar por terreno liso á un hombre. Despidiéronse hasta el día siguiente, porque ya llegaban muy cerca de su casa; ella se metió en su escalercilla y él se dirigió hacia la suya. Pero apenas había dado unos cuantos pasos, se le acercó un *pincho* de los que todos los días acosaban á Conchita á la salida del taller y le pidió explicaciones del porque acompañaba él á la chica. Vicente, por toda respuesta, le dijo que se apartase

y que le dejase franco el camino, expresándose con tanta resolución, que, el *pincho* tuvo miedo; pero pensando lo que dirían de él sus amigos, sacó un revolver. Vicente, al verse amenazado de aquel modo, echó mano á un corta plumas que llevaba y, antes que el otro tomara la ofensiva, le agredió, con tanta fuerza y tan desgraciado acierto, que lo dejó muerto en el acto.

Siete meses después se celebraba la vista y causa del homicidio acaecido en la calle de Cuarte. Se acusaba como autor del hecho á Vicente. La sala de lo criminal estaba que no había un aflir: tal era la aglomeración de gente. Al entrar el procesado un murmullo de conmiseración se extendió por toda la sala. Parecía que habían pasado, para el pobre Visentet, lo menos diez años. Al ir á sentarse en aquel banquillo, lustroso por el rozamiento de individuos de tres ó cuatro generaciones, volvió la vista y se encontró con los ojos de la mujer que tan cara le había hecho pagar su primera declaración amorosa.

Entonces sus ojos, cuyo apagado brillo era más propio de un hombre caduco que de un joven en toda la fuerza de su edad, se reanimaron y, á la vez, volvió el color á sus pálidas mejillas.

La mirada que dirigió á Conchita fué tan ardiente, tan expresiva, que tampoco la joven pudo evitar que una llamarada de fuego diese á su rostro el subido tinte de la grana... Y la causa inocente de la triste posición en que se hallaba el procesado, miróle á su turno, de un modo tal, revelando tan compasivo pesar y amor tan inmenso, que Visentet se sintió compensado de los sufrimientos que había padecido en los interminables meses de su encarcelamiento, y de los que experimentaba al verse, él, honrado y bueno, en el banquillo de los criminales.

La mirada de Concha devolvió la serenidad y la energía, á su amante, cuyas sinceras respuestas, explicando lo ocurrido y doliéndose de ello, impresionaron tan favorablemente al jurado que este dictó un veredicto de inculpabilidad. A los ocho meses se casaban Visentet, el de la cara bondadosa, y Conchita, la chica más garrida y más hermosa de la barriada de Cuarte.

JUAN ALSINA FEBRA



MIRANDO AL MAR

Entre brillante ejército de estrellas,
la luna, como reina soberana,
sobre el azul purísimo del cielo
majestuosa avanza.

La mar tranquila sonreír parece,
mientras las olas misteriosas cantan,
yendo á arrullar con cariñoso beso
la playa solitaria.

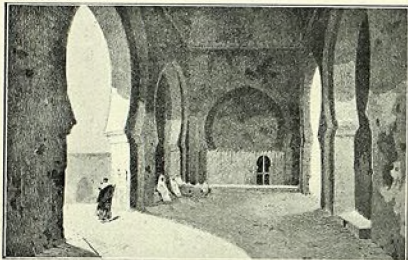
¡Harmonía divina! ¡Hermosa noche!
Noche estival, que, con su dulce calma
al corazón desierto de ilusiones
lo llena de esperanzas.

El místico al mirar tanta grandeza
á Dios bendice y su poder alaba,
mientras que aqnel, que, incrédulo, lo niega,
impresionado, calla.

J. ROSERO DE SEGURA

MARRUECOS

Contra lo que se venía anunciando, continua el emperador Abdel Azzis en su buena ciudad de Fez, sin novedad en su importante salud, y riéndose del *bu Hamara*.



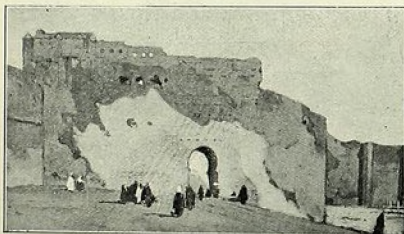
INTERIOR DE UNA DE LAS PUERTAS DE FEZ

zan para que fuera, precedido de una carta de amnistía, á la importante kábila de Zemmur. Otro sherif no menos prestigioso fué con igual comisión á los montes de Guernau. Los dos sherifes, repartiendo bendiciones, ofreciendo paces y, en realidad, pidiendo socorro, han conseguido formar un cuerpo de ejército que no baja de seis mil hombres, procedentes todos de dichas regiones. Se dice que el Sultán regaló á estas



MONTAÑAS DEL ZERUN

tropas 50,000 duros en efectivo, y se ve que las mira y cuida mucho de que no les falten víveres y todo cuanto necesitan. Y en esto hay un problema cuya solución



UNA DE LAS PUERTAS DE FEZ

lo general tienen un color aceitunado, una indumentaria muy sencilla y pobre, de burdo tejido de lana negra, son los primeros guerreros del Imperio; ni con ellos ni con los habitantes del Riff ha podido

Los preciosos grabados que acompañamos darán mejor idea que las más minuciosas descripciones de lo que es la ciudad santa del *Mogreb*,—Occidente, en castellano.

En cuanto á como está aquello, véase lo que escribe desde Alcazarquivir nuestro querido amigo Felipe Rizzo, que conoce todo lo del moro y habla y escribe el árabe tan bien como Mohamed Torres:

«El Sultán, buscando medios de ahogar las fuerzas del Pretendiente, se ha valido de una estrategia habilísima, cual es la de atraerse y captarse el ánimo de poderosas kábilas independientes. A este fin comisionó a uno de los más prestigiosos sherifes de Waz-

gan, para que fuera, precedido de una carta de amnistía, á la importante kábila de Zemmur. Otro sherif no menos prestigioso fué con igual comisión á los montes de Guernau. Los dos sherifes, repartiendo bendiciones, ofreciendo paces y, en realidad, pidiendo socorro, han conseguido formar un cuerpo de ejército que no baja de seis mil hombres, procedentes todos de dichas regiones. Se dice que el Sultán regaló á estas tropas 50,000 duros en efectivo, y se ve que las mira y cuida mucho de que no les falten víveres y todo cuanto necesitan. Y en esto hay un problema cuya solución puede encerrar verdadera gravedad. Se ha esparcido el rumor de que estos soldados se han dejado seducir aparentemente; porque, en realidad, traen el objetivo de hacer en Fez una razzia.

«Algo habrá de serio en estos rumores cuando el Sultán ha colocado dichas tropas entre dos campamentos de cuya lealtad no tiene duda.

«Aquí se refiere que el aspecto de esos bereberes resulta horrible y repugnante. Van medio desnudos, luciendo anchas cananas, repletas de cartuchos; usan bayoneta, sable y puñal, fusil de repetición, y no son pocos los que se han presentado luciendo también rodela. Estos tipos, por



Instrucción de soldados por el Capitán Maclean

contar la última generación de los Sultanes de Marruecos. Además de los temores referidos, también se asegura que los zemmuris apoyarán decididamente la causa de Muley-Mohamed el «Tuerto».

»Otra kábila, la de Haina, ha dado un grueso contingente al Sultán. Acampa también junto á Fez, é inspira serias dudas su fidelidad.

»El total de las fuerzas concentradas en los alrededores de Fez no pasa de 40.000 hombres jóvenes; pero gente útil para pelear no exceda de 30.000. Sin embargo, el montón de carne humana que hay en Fez bajo el nombre de ejército llega y pasa de 70.000 individuos, machos y hembras, chiquillos y viejos, en-

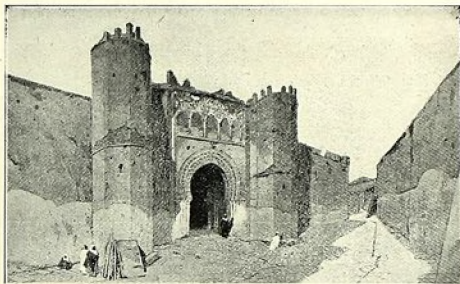


MORO DEL REY

una víctima pervertida por los europeos, se redobra y aumenta hoy con el entusiasmo que lleva en sí la causa de Muley Mohamed el «Tuerto». Hay también indicios graves para dudar de la fidelidad de las kábilas situadas al Este de Fez, y todo ello coincide con la salida de los cinco cuerpos de ejército que se dirigen hacia Isul, donde parece que se halla el fantástico y ponderado Bu Hamara.

Escritas las anteriores líneas se ha recibido la noticia de haber sufrido una grave derrota algunas de las tribus rebeldes, á consecuencia de lo cual ha quedado gravemente quebrantada la insurrección.

Siempre creímos que todo eso no pasaría á mayores; podrán estar desconsolados algunos que soñaban ya con batallas y victorias, pero vale más que la cosa haya acabado en sainete que no en tragedia.

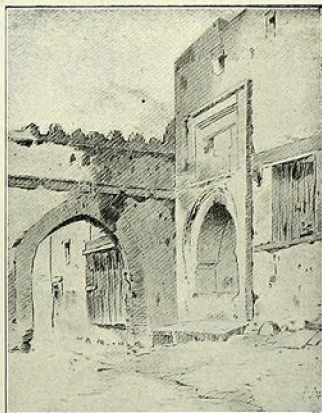


PUERTA DE UN CUARTEL

fermos y sanos aguadores, vendedores ambulantes y toda esa canalla inútil que sigue á las tropas imperiales por donde quiera que éstas van.

»Aparte de dichas fuerzas, están en Fez las llamadas regulares, y que están bajo el mando directo del kaid sir Harry Maclean. Hay varios tabores ó regimientos de relativa disciplina, y el número grande lo constituye el tributo arrancado á todas las kábilas adictas. Cada cual ha dado un «regimiento» ó cosa así, y estas unidades están mandadas en persona por los Alcaldes ó gobernadores. La mayoría de estas gentes campa á alguna distancia de Fez, en el camino que va á Taza.

»La antipatía que inspira el elemento cristiano ó europeo en Fez desde que se señala al Sultán como



PUERTA DE LA CALLE MAYOR DE FEZ

NI MOROS NI CRISTIANOS

Pocos años antes de la conquista de Granada ya los *mudéjares* ó moros sometidos á los cristianos, no podían vivir libre y aseadamente en ninguna región de la península ibérica; en todas partes encontraban los abiertos brazos de la cruz dispuestos á abrazarlos como hermanos si se bautizaban ó á extrangularlos como enemigos si se resistían.

Los *mudéjares* se dedicaban principalmente á las labores del campo, pero las comunidades religiosas iban adquiriendo, sin tregua, posesiones agrícolas y arrojando de ellas á los labradores mahometanos cuando estos se resistían á renegar de su religión para abrazar el catolicismo.

Entre los labradores á quienes se expropió su tierra y se les arrojó de ella por no renegar de sus falsas creencias, se encontraba un moro llamado Ben abad, vecino de Toledo, que tenía su fecunda labor en la orilla derecha del Tajo y á la vista de la imperial ciudad, á la cual se encaminó el desgraciado moro acompañado de Fatima, su mujer, y de sus cuatro hijos.

Se instaló con su familia en una de las miserables y húmedas casuchas de los barrios más humildes, y dispuesto á morir rebelde, antes que á vivir sometido, comenzó á luchar con el hambre y toda suerte de persecuciones que agobiaban su cuerpo y afigian su alma sin gozar otra compensación en sus crueles angustias que la de alzar la mirada á los cielos y exclamar conmovido: —Alhà, tú eres grande, tú eres único, no tienes par, y Ben abad es tu siervo más fiel.

El desgraciado moro vagaba por la ciudad. con la hoz al hombro, mirando tristemente á todas partes, sin que nadie le dirigiese una palabra de amor ó de consuelo;

algunas veces se encontraba con otros *mudéjares* tan perseguidos y miserables como él, que cruzaban por su lado silenciosos, envueltos en sus mugrientos alquileles, como reyes destronados, activos y sombríos, sin abatir la frente á la desgracia ni la conciencia á la Religión triunfadora.

No era la miseria, ni la debilidad de Fatima, ni el

hambre de sus hijos, lo que más atormentaba al pobre moro, sino la pérdida del campo, la separación de la libertad, del aire y de la amada tierra que había regado, año tras año, con el sudor de su frente; sin embargo, era forzoso pensar en vivir; Fatima desfallecía sobre su lecho de paja; los rapazuelos lloraban pidiendo pan. Todo esto conmovía profundamente al grave Ben-abad á pesar de que en su rostro sereno é impasible no se delataban jamás los sentimientos de su alma.

La catedral de Toledo, aun cuando á la sazón, no estaba concluida, alzaba ya su gigante mole de piedra y en ella trabajaban multitud de obreros á quienes Ben abad conocía, puesto que muchos, *mudéjares* como él, habían abrazado la Religión católica para encontrar la protección y el auxilio de los cristianos y no emigrar ó perecer de hambre.

Ben-abad vagando frente á las obras de la catedral contemplaba silenciosamente la construcción del soberbio templo. Cuando se acordaba de Fatima y de sus niños sentía tentaciones de pedir trabajo á los capataces, pero sabiendo que era condición precisa para obtenerlo hacerse cristiano, porque así lo había dispuesto el cardinal Mendoza, se alejaba otra vez y retrocedía, se cruzaba de brazos, se recostaba contra un muro y volvía á contemplar impávido el gigante y lento alzamiento de la mole cristiana.

Uno de sus hijos pequeños murió de hambre, Fatima perecía de extenuación; la tremenda lucha moral de Ben abad salía ya y se delataba en aquel rostro largo y moreno que parecía incapaz de expresar emociones y tan honda fué su tortura y tan profunda su desesperación, que el pobre moro se dirigió al arquitecto de la grande obra y bajando los ojos y con la voz grave y temblorosa, le dijo:

—Yo quiero hacerme cristiano y trabajar en la catedral.

Terribles fueron las angustias de Ben-abad al sentir sobre su frente el agua del bautismo: el infeliz creía que todas las maldiciones de Alhà se derramaban fundidas sobre su cabeza.



La tristeza le invadía, el remordimiento le abrumaba, el insomnio iba lentamente agotando su existencia. La voz de Alhá indignado le retumbaba constantemente en los oídos como el tableteo de un trueno lejanísimo; y cada vez que rezaba la letanía árabe exclamando: «—Alhá es grande, fuerte, poderoso, incomparable, grandioso, sin par, omnipotente...» Escuchaba una voz interior que le decía: «—¡Y tú eres apostata, infame, traidor, cobarde, fementido... Esas manos que debieran emplearse en matar infieles están labrando piedras para los falsos dioses! Miserable, pero traidor, la maldición de Alhá cae sobre tu frente y sobre todos los tuyos!»

Por eso Ben-abad iba todos los días al trabajo triste, macilento y taciturno, y el fulgor de sus ojos se extinguía y la esbeltez de su cuerpo se agotaba, como flor marchita y reseca con los ardores del remordimiento.

Un día en que se hallaba Ben-abad trabajando en la crestería granítica de la catedral; le dijo el maestro de la obra que quitase el andamio tan pronto como acabase de perfilar unos rosetones de piedra. De pronto, los ojos del moro se inundaron con extraño fulgor de alegría, una sonrisa vengativa se dibujó en sus labios; oprimió contra su pecho el cincel de acero y lo esgrimió después y enarboló como si fuera un puñal con el que pudiera dar muerte á la gran fábrica de piedra elevada para gloria de Jesús.

Estuvo breves instantes pensativo: después desde aquellas alturas dirigió la mirada en torno suyo y no vió más que techumbres de la gran ciudad agrupada á sus pies, y las pedregosas alturas de los cerros que parecen tajados con el hacha de un titán para dar camino al río.

Ben-abad sabía que desde el momento en que quitase aquel andamio ya nadie subiría á inspeccionar las piedras de aquellas alturas que estaban voladas á la calle y, entonces, con la seguridad de la profanación impune, apoyó el cincel en la roca y con seguridad y firmeza, esculpió estas palabras:

«No hay más Dios que Alhá; es único, no ha par.»

Al ver satisfecha su venganza y con formas indelebles la represalia de sus torturas secretas, Bena-bed respiró lleno de satisfacción y quedó estético en la contemplación de su obra impía mientras sus labios modelaban satánica sonrisa.

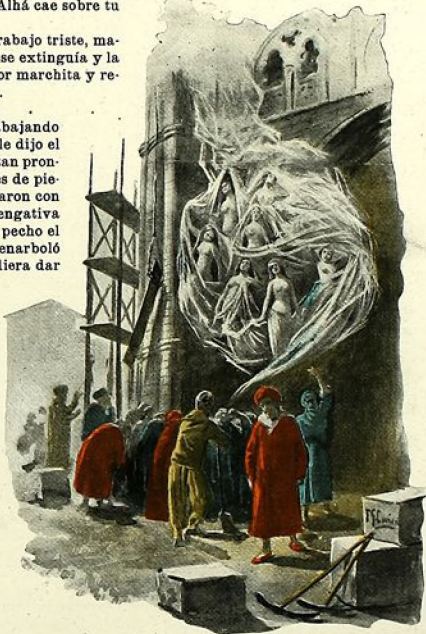
Ya los obreros se agrupaban todos en la calle, ya el sol se ocultaba tras los próximos cerros reflejándose con matices de polvo rojizo sobre la crestería del templo, ya se cerraban las pesadas puertas del gran recinto destinado al culto; ya llegaba la noche, cuando de pronto escuchó Ben-abad, la voz de su maestro que escalando los andamios le llamaba.

Entonces el moro, para que no pudiera el cristiano sorprender su infamia, cortó rápidamente las cuerdas del andamio, y aun cuando quiso asirse de una de ellas para descender seguramente á la tabla inferior la precipitación y la zozobra no le permitieron hacerlo con fortuna y cayó volteando hacia la calle con el andamio que le había sustentado.

Un grito de horror se escapó de todos los labios, el único que sonrió dulcemente fué el mismo Ben-abad que agonizante al volver los ojos á las alturas del templo le pareció que las huries del profeta descendían volando para cubrirle eternamente con su lubricidad infinita, en tanto que *no ha par* brillaba con fulgores de cárdeno relámpago.

Hoy día estas luchas no atormentan las almas. Al retirarse la ola religiosa ha dejado tan solo el légameo del escepticismo: Ya no hay moros ni cristianos.

RAFAEL TORROMÉ



LA FRVEBA

El carácter de Mercedes era incorregible.

Cierto que era muy buena; que de nada malo podía tildársela; que como esposa cariñosa, como madre amatísima, había cumplido siempre sus deberes y los cumplía con entusiasmo, con deleite, con verdadero transporte amoroso; pero cierto también que aquella cabeza ligera, aquel espíritu inquieto, aquella alma vivarachá é intranquila habían motivado miles de disgustos, que, aunque pasajeros y de escasa importancia, turbaban casi á diario la paz de aquel hogar venturoso y la armonía de aquellos corazones fundidos en uno por el fuego del amor entrañable, de la pasión avasalladora y eterna.

Enrique había procurado y procuraba sujetar aquella cabeza, refrenar aquel espíritu, dominar aquella alma para evitar tanto y tanto disgusto, pero llegó á convencerse de que su empresa era imposible, que sus esfuerzos eran inútiles y su trabajo estéril; y Mercedes siguió siendo lo que había sido, lo que era, una niña mimada y burlona, alegre y resuelta, voluntariosa y atrevida, que nada tomaba en

serio, de nada se conmovía y nada era bastante para imponerle el respeto, la consideración y la prudencia á que obligan las conveniencias sociales.

Aquella mujer, dos veces madre, pensaba y discurría como una joven sin experiencia de la vida, sin temor al castigo, sin miedo á nada ni á nadie, y como tal se producía y obraba siempre y en todas partes, importándole un bledo que sus actos fueran juzgados en esta ó en la otra forma, sin parar mientes en que su reputación sufriera lo más mínimo, sin pensar que su nombre corría de boca en boca donde quiera que la murmuración tomara asiento.

Las amigas íntimas de Mercedes se fueron retirando poco á poco, unas por que su hermosura las eclipsaba, otras por que su gracia y encantos naturales dominaban y sobresalían siempre; pero todas á una decían por lo bajo y afirmaban en silencio que con Mercedes no se podía ir á ninguna parte por que sus

genialidades, sus salidas de tono, sus intemperancias ponían en ridículo á cuantos iban con ella. La especie cundió; se abrió paso arrastrándose en la sombra y Mercedes se vió aislada y sola sin más relaciones que las puramente de cumplimiento.

Inútilmente enviaba recados hoy á ésta, mañana á aquella, pasado á la otra para que la acompañaran á tiendas, á paseo, á la iglesia. La contestación era siempre la misma: una excusa, un pretexto, una evasiva rehuendo el compromiso, eludiendo la invitación, aunque agradeciéndola, como si todas se hubieran puesto de acuerdo y obedecieran á una consigna.

Estas evasivas, estos pretextos, estas excusas repetidas un día y otro día, contrariaban á Mercedes lo indecible, la enfurecían, la exasperaban. Su carácter dominante, avasallador, absoluto, no se avenía á sufrir aquellas contrariedades; y como el niño al que arrebatan el juguete que destroza con terquedad implacable, rompía en lloro estruendoso, acabando por arrojarle sobre el lecho ahogada por la pena y presa del mayor disgusto.

Pero aquellas lágrimas, aquella pena, aquel disgusto, como tormenta de verano, se desvanecían en razón directa de su importancia, de su intensidad, y Mercedes volvía instantáneamente, de un salto, á ser lo que era, lo que siempre había sido, lo que sería hasta el fin de su existencia.

La conducta de sus amigos obligó á Mercedes á prescindir de ellas en absoluto y echó mano de su madre política, de su suegra para salir de casa: pero esta compañía duró poco.

Una y otra expresaban siempre opiniones distintas y contrarias, y las mantenían con tesón, con vehemencia, con apasionamiento, y no hubo ejemplo de que volvieran á casa sin haber reñido en el paseo, en la tienda, en la calle, por el motivo más fútil, por la cosa más mínima, por una nonada.



La disputa llegó un día á tal extremo que la madre declaró que no iría más con su nuera ni al cielo; y se marchó á su casa maldiciendo de aquella criatura mimada y consentida, cuyo carácter no podía aguantarse tres días seguidos.

—Ya lo ves,—decía Mercedes á su marido, medio llorando.—Todas mis amigas se han retirado, y tu madre no quiere ya venir conmigo.

—¡Ya lo veo!

—Y el caso es, que no voy á estar siempre en casa metida, como una monja.

—¡Naturalmente!

—Y que necesito salir.

—Nadie te lo impide.

—Pero es que no quiero salir sola.

—Yo te acompañaré.

—¿De veras?

—Sí: pero has de prometerme ser juiciosa y prudente y...

—¿Es qué tú crees también esas paparruchas?...

—Mujer: ni las creo ni dejo de creerlas; pero confío que yendo conmigo, será otra cosa.

No se habló más del asunto; y los esposos salieron juntos, á partir de aquel día: ella, prometiendo dominarse, y él confiado en aquella promesa.

Un día hubo que comprar un vestido y recorrieron infinidad de tiendas, haciendo sacar piezas y más piezas para acabar en todas partes pidiendo unas muestras.

—¡Pero mujer,—decía Enrique, de vuelta hacia casa, cargados los bolsillos de sobres llenos de retalitos de tela:—bien pudieras haber hecho la compra esta tarde!

—Qué sabes tú de estas cosas,—contestó ella malhumorada.—Cuando me gusta el color me disgusta la clase; y cuando la clase y el color parecen aceptables, el precio resulta horriblemente caro.

—¡Pues mira,—objetó Enrique, sonriendo;—es más difícil de lo que yo creía comprar un vestido!

Se examinaron las muestras una á una, discutiendo las condiciones de la tela, su duración, el colorido, el ancho, el precio, todo, en fin, con tanto detenimiento como si se hubiera tratado de dar carrera á un hijo ó casar una hija; y se hizo la elección, aunque sin entusiasmo, sin alegría, sin satisfacción completa.

A la tarde siguiente se fueron á comprar el vestido, y no es para contado lo que Enrique sufrió durante una hora, oyendo á su mujer despreciar el género y criticar el precio para obtener una rebaja.

El fin de la transacción fué verdaderamente asombroso.

—Esta tela no vale más de ocho pesetas vara; y no la pagaré á más precio.

—Pero señora; no puede ser á menos de nueve pesetas. Así la pagó ayer la marquesa viuda del Rebollar.

—A esa le cuesta muy poco de ganar el dinero.

Toda la gente que había en la tienda se volvió á mirar á Mercedes que se quedó tan fresca, mientras Enrique sintió subirle al rostro toda la sangre.

—Además,—insistió Mercedes.—En otra parte me dan esta misma tela á ese precio...

—Lo dudo,—replicó el comerciante.—Pero ya que usted lo dice...

—Si quiere usted se la traeré.

—No, señora; no hace falta. Se la daremos como usted quiere.

Al salir de la tienda, exclamó Enrique en tono de reproche:

—¡Qué necesidad tienes de ofender á nadie, ni de decir mentiras, tratándose de unas cuantas pesetas!

—Pues ahora pagaremos lo que ellos quieran, por su bella cara...



Hecho el vestido, lo estrenó Mercedes una tarde para ir á paseo, y á la vuelta, en el tranvía, le soltó una fresca á un caballero, que, al bajar del coche, dejó caer la ceniza del cigarro sobre la reluciente tela.

—Debiste ser más prudente, —le dijo Enrique al llegar á casa.

—¡Pues hombre: dejará una que la quemen viva!

Otro día hallábanse en la iglesia; y el sacristán pasó con la bandeja petitoria en la mano junto á Mercedes, la cual gritó desenfadadamente:

—¡También podía usted ir por otro lado!

El sacristán bajó la cabeza, sonriendo, y siguió su camino murmurando al pasar por donde estaba Enrique:

—¡Lástima de paliza!

La medida se colmó. Enrique juró no acompañar más á su mujer, ni al cielo, como había dicho su madre.

—¿De modo, —exclamó ella fuera de sí, —que habré de salir siempre sola?

—No tienes más remedio, hija; por que n^o creo que haya quien quiera acompañarte.

—Yo te probaré lo contrario; —murmuró Mercedes, y no se habló más del asunto.

Estas palabras sorprendieron un tanto á Enrique, pero pasaron los días y llegó á olvidarlas por completo, al ver que Mercedes se decidió á salir sola y nada de particular había ocurrido.

Una tarde se hallaba Enrique trabajando en su despacho cuando sintió un fuerte campanillazo. Prestó atención, y oyó después la voz de su mujer que gritaba:

—Diga usted al señorito que salga, que le traigo la prueba.

Enrique saltó de la silla y se precipitó en el recibimiento, exclamando:

—¿Qué es eso?

—Nada, hombre; —contestó Mercedes con gravedad cómica. —Que este caballero se ha empeñado en venir conmigo, y se lo he permitido para que tú veas que aun hay quien quiera acompañarme.

—Vamos: ¡eres incorregible! —dijo Enrique, y soltó una carcajada franca y sonora que hirió en el rostro al pobre tenorio callejero, quien corrido y avergonzado, se lanzó escaleras abajo, mientras Mercedes hacía dúo á su marido riendo con toda la fuerza de sus pulmones.

PEDRO BONET ALCANTARILLA

¡DEMASIADO PESO!



—¡Cielos! ¡Viene doña Rita y hemos vendido el sofá!



—¡Firmes y quietos, muchachos! ¡Nuestro decoro salvad!



—¡Pasemos al comedor!
—Antes voy á descansar...



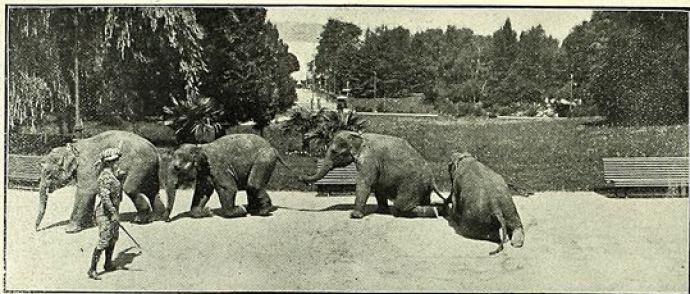
Y ¡claro!, ocurre el conflicto que aquí, el lector, viendo está.



MARGARITA, cabeza de estudio de J. Zenisek

Ayuntamiento de Madrid

ACTUALIDADES TEATRALES



Mlle. VALSOIS CON SUS ELEFANTES

Llama con justicia la atención el espectáculo que ofrece en el Tivoli la domadora Mlle. [Charlotte de Valsois con sus cuatro elefantes amaestrados *Carolus, Mimí, Therese y Kelly*.

Bien sabíamos que los elefantes son unos animales extraordinariamente inteligentes, pero nadie podía figurarse que rayase á tal extremo su habilidad.

*, Ruidoso, por su parte, ha sido el *debut*, en Novedades, de la celebrada bailarina española Elisa Romero.

«Elisa Romero,—escribía un crítico competentísimo en el arte,—fué recibida con un murmullo de admiración. Las niñas de sus parteros ojos brujuleaban por escaparse de su nido, mandando flechazos intensos y rápidos: medio cubierto por el flotante encaje de la mantilla blanca, asomaba á trechos la mata de su pelo, como la endrina, negro: y aun las ondas de aquélla caían por el pecho velándolo intencionadamente, hasta la cintura que se cimbreaba en inquieto contoneo.

El traje que anoche lució la Romero nada, absolutamente nada tiene de castizo: es exótico; y esto no se lo perdonamos: á lo menos acá en España.

Como la Romero, visten ahora la Otero, la Tortajada, las Saharet, y la Gracia Vargas, la Chavita, la Guerrerito ó la María Reyes, es decir, las bailarinas españolas, extranjerizadas.

Hay que buscar el traje castizo en la Nena, la Monterito, la Guidó Stéphan ó la Lola Montes y la Pepita Vargas.

Y lo que decimos del traje, puede decirse del bailado.

La Romero, y mucho menos su pareja, no bailan de rango español.

Hacen de la danza castiza un pretexto, no un arte. Ni la habilidad de los trenzados y zapatetas, ni el jacarandoso contoneo del cuerpo, ó el airoso moverse de los brazos y el inquieto brincar de sus menu-



Mlle. CHARLOTTE DE VALSOIS



LA BELLA ROMERO

dos pies, lograron demostrar la sandun de poder habérselas con un Marizápalos, un Pie de Gilao ó un Zarambeque. Nosotros hubiéramos deseado menos incitación y más arte; menos «fantasía» (de alguna manera gracia castiza.

Vimos, pues, á una compatriota guapa, pero muy guapa.

No á una ballarina española, netamente española.»

Sea como fuere, el público se mostró complacidoísimo, colmando de aplausos á la ballarina española.

Anúncianse para breve plazo otras importantes novedades, de las cuales daremos oportunamente noticia.

P. R.



LA BELLA ROMERO EN LA ZÍNGARA NAPOLITANA

PEPITORIA

JEROGLÍFICO PICTÓRICO

Con el presente número recibirán los señores suscriptores y compradores el cuaderno 57.º de regalo, del album JOYAS DEL ARTE.

BIBLIOTECA AZUL

Hasta ahora van publicados los siguientes tomos:

El asesinado del Puente Rojo, por Carlos Barabá.

Magdalena la Mendiga, por L. Jacolliot.

El tesoro del pirata, por L. Stevenson.

El crimen del molino de Usor, por L. Jacolliot.

Orso, por Enrique Syenkewicz.

El Hijo Maldito, por H. de Balzac.

Las lágrimas de Juana, por Arsenio Houssaye.

a necesidad del crimen, por Julio Perrin.

Una orgía de sangre, por A. Vigny.

Los caballeros de la Cruz, por Enrique Syenkewicz.

El secreto terrible, por Adolfo Belot.

Solos, por Pedro Zaccane.

La Salamandra, por Eugenio Sué.

Para pedidos dirigirse á la Administración de estas Bibliotecas, Plaza de Tetuán, 50, Barcelona.

S 1,000 S

NOVEJARQUE

Las solución en el próximo número

SOLUCIONES

4 los pasatiempos del número anterior

Jeroglífico comprimido. — Emeritense.

Problema de ajedrez núm. 2

B

1. — C de 2R á 4D.

2. — R 4A.

3. — (Si 4) A 6R (mate).

(Si 6) A 2R (mate).

N

1. — R 5A.

2. — R 4 ó 6D.

Por más que tanto se precie de adelantado París no hay allí callicida que valga el LADIVONSIM.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

J. A. D. — Barcelona. — El cuento es moral y edificante, pero el argumento resulta sobrado sencillito y hubiera podido referirse todo en veinte líneas. Sin embargo, está bien escrito, y solo le falta un poco más de soltura y calor.

J. P. R. — Barcelona. — El cuento y la poesía están bien, y se publicarán.

J. P. del H. M. — El cuento, á pesar de recordar á los Capuletos y Montescos no tiene grande interés.

R. L. F. — Valencia. — Todo está perfectamente. Soy, en efecto, por desgracia el que usted se figura, y gracias por sus honrosas frases, que, con toda sinceridad lo digo, no puedo considerar como merced.

M. M. C. — Madrid. — El cuento está bien escrito, pero no tiene superior interés. Lo que usted refiere le ocurre cada verano á millares de pollos, sin más consecuencia que un pasajero berrinche.

S. de L. — Barcelona. — Está bien; saldrá.

Español. — No siendo mejores que las de Becquer, es imposible publicar nuevas rimas.

R. H. M. — Irá la poesía. El Cuadro está plagado de incorrecciones de bulto, que lo hacen impublicable.

V. S. — Barcelona. — El cuento resulta inaplicable; faltan antecedentes de por qué fué aquello.

E. B. — Se publicará.

E. N. — Barcelona. — Su composición es lindísima y tendré mucho gusto en publicarla.

E. C. P. — Toledo. — La poesía es bonita, pero el molde resulta anticuado. La música recuerda involuntariamente cierta zarzuelita.

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA. ✱ INSÉRTESE Ó NO, NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL.

ESTABLECIMIENTO TIPOLITOGRAFICO EDITORIAL «LA IBÉRICA», PLAZA DE TETUÁN, 50—BARCELONA

Ayuntamiento de Madrid

ARGELIA



INFANTERÍA: TURCO AL SERVICIO DE FRANCIA